

## Gran Champany de Plátano

de la casa Crusellas hermanos y C.<sup>a</sup> de la Habana.

Único representante en España, Fausto Crusellas, Ancha, 53, prof., Barcelona.

\* Se admite carga para los vapores que salen los miércoles y sábados, para **Alicante, Cartagena, Almería, Málaga, Cádiz, Sevilla y Huelva** en combinación con los ferro-carriles, y para **Palma de Mallorca**, los lunes y viernes.—Dirigirse Massa y Navarro, Pórticos Xifré, 8 bis.—Teléfono 311.

\* Para **Sevilla**, con escalas en **Valencia, Alicante, Cartagena, Almería, Málaga, Cádiz y Huelva**.—Saldrá de este puerto el domingo 14 del actual, á las diez de la mañana, el vapor «Luis de Guadalupe», capitán don Joaquín Díaz, admitiendo carga y pasajeros.

Consignatarios Sres. Busanya y C.<sup>a</sup>, Plaza Medinaceli, 1, bajos.

\* Para **Sevilla**, con escalas en **Valencia, Málaga y Cádiz**, saldrá el domingo, 14 del corriente, á las diez de la mañana, admitiendo carga y pasajeros, el vapor «García de Vinuesa», su capitán D. Emilio Muñoz.

Consignatario D. Santos Palomo, Paseo Isabel II, núm. 3, bajos.

\* Para **Alicante, Cartagena y Aguilas**, saldrá el sábado, 13 del corriente, el vapor **Tajo**, de la casa Tinoré. Despachos: Mendizabal, 19, y Cristina, 5.—

NOTA: La carga debe estar en el muelle antes de las cinco de la tarde del sábado.

\* Para todos los puertos de España se admite carga en combinación con los ferro-carriles para los vapores que salen de ésta los domingos y miércoles. Dirigirse á D. Adolfo Vazquez, Castaños, n.º 2, bajos. Teléfono 79.

## EL PELIGRO SOCIALISTA.

Uno de los últimos números de la revista francesa *Le Correspondant*, contiene un artículo de Claudio Jannet, titulado *Le péril socialiste* que, como todos los escritos de aquel renombrado publicista, se lee con interés y con verdadero gusto. Interesante lo hace desde luego el que, según su título indica, trata de *nuestro pleito*, es decir, del pleito de la generación actual; y como, además, Jannet tiene una admirable claridad de estilo, esa precisión de la frase, esa justeza de observación, cualidades todas ellas genuinamente francesas, la lectura resulta doblemente atractiva y muy gustosa.

Buscando la razón del relativo triunfo obtenido por los candidatos socialistas en las últimas elecciones á diputados de la Cámara francesa, Jannet nota que en todos los pueblos llamados latinos, en general, existe una propensión al radicalismo, á *hacer la oposición* á toda política gubernamental; propensión que arrastra hácia los partidos extremos á un desproporcionado número de individualidades. Se quiere ser *adelantado*. Bajo una monarquía no hay como llamarse republicano; pero si viene la república, y ésta es conservadora, no queda otro remedio que correrse á la extrema izquierda y proclamarse radical; y cuando los radicales subiendo al poder se convierten (es natural) en oportunistas, entonces se busca algo más revolucionario, una última moda, y se va, hoy por hoy, al socialismo.

Esta tendencia, tan bien observada por Jannet, es, según él, la causa superficial de la última victoria socialista en Francia.

Pero encuentra además una causa íntima: la impunidad que han logrado los personajes del Parlamento, de la prensa y de la alta banca evidentemente comprometidos en los escándalos del Panamá. El espíritu popular es simplista—dice—no entiende de distinciones ni de argucias judiciales; para el pueblo esta impunidad significa que los poderosos se ayudan y protegen entre sí para hacer cada cual su negocio; que las leyes son como las telarañas, que los insectos grandes comen y traspasan mientras los pequeños quedan presos en ellas; en fin, que *Hops ab Hops may se mossogon*. Y como cabalmente los socialistas andan diciendo que la sociedad burguesa se halla podrida hasta el fondo, de ahí que el socialismo haya venido á ser la fórmula de la gran protesta popular contra aquella impunidad escandalosa.

Estas causas, unidas á la ausencia de toda gran preocupación nacional, han

sido causa, á entender del articulista, del éxito de Guesde y sus compañeros en la campaña electoral de agosto último.

Y no hay que ver en tal éxito otra sustancia ni mayor fondo que éste. Porque el alma francesa (y bien podría decir el alma latina) es por naturaleza refractaria á los vagos idealismos colectivistas á que tan accesible es la mente del proletario alemán. El trabajador francés, así en la mina como en el taller y en los campos, es siempre individualista á pesar de todas las huelgas y todas las predicaciones.

Lo que sí han logrado éstas ha sido avivar en los desecristianizados espíritus el odio á los ricos, y quebrantar todo respeto á la autoridad.

A este propósito transcribe Claudio Jannet algunas curiosas observaciones sobre las huelgas, y es muy notable la del poderosísimo efecto que en la masa obrera produce la mágica palabra: *huelga*. Al oír en son de imposición, los obreros, así los cuerdos y laboriosos como los discolos ó indolentes, los miserables como los satisfechos, no la discuten, ni reflexionan, ni vacilan, sino que sin averiguar de dónde les viene la orden, ni quién la ha dictado ni con qué fines, sin examinar si les conviene ó no acatarla, aun trabajando á gusto y guardando buenas relaciones con los amos, dejan inmediatamente la labor empezada en el punto en que la tenían, y van como dócil rebaño á reunirse á sus compañeros de oficio para escuchar y aplaudir con ellos, como en una representación teatral, las estudiadas frases de los agitadores de oficio.

Y es que por una parte sopla sobre las cabezas de la masa obrera un viento de solidaridad de clase que en su forma mas cruda es odio al rico; y por otra la autoridad, no solamente no es respetada ni temida, sino que se la reputa por incapaz de proteger á la mayoría pacífica y resignada contra la minoría turbulenta. Por esto ve Jannet en un tal estado de los ánimos la única significación y todo el peligro del socialismo en Francia.

Volviendo entonces los ojos á los dos cauces que los gobiernos por un lado y cierta parte de las clases directoras por otro, pretenden dar á la peligrosa corriente, es decir, el socialismo de Estado y el socialismo cristiano, repréndeles severamente el alentar y propagar el mal que en definitiva han de ser impotentes á curar ó á contener. El socialismo de Estado, aparte de que nunca daría satisfacción á las concupiscencias que laten en el fondo de la multitud, es incompatible con el temperamento nacional francés: es una planta exótica importada de Alemania, donde tiene hondas raíces en las tradiciones comunales de las razas germánicas, ambiente propio en las costumbres de solidaridad y disciplina, y excelente fomento en la acción de la filosofía hegeliana.

Pero contra lo que Jannet, profesor de la Universidad católica de París, se revuelve con mas acritud (y esta parte de su artículo merece atención muy especial) es contra el *socialismo cristiano*, alianza híbrida—dice—de principios y de palabras, completamente contraria á la naturaleza de las cosas, «porque el socialismo es esencialmente anti-cristiano.» Reprueba, por tanto, el lenguaje usado por el conde de Mun en el discurso de Toulouse, donde aconsejaba á los católicos unirse á los trabajadores contra los capitalistas; y reprueba aun mas semejante lenguaje, porque lo considera mas grave, en boca de jóvenes eclesiásticos, que logran con él los fáciles aplausos de un auditorio poco instruido, cuyas pasiones halagan y fomentan; y les recuerda que los párrocos del siglo pasado impulsaron tambien de buena fe la corriente que produjo el 1789, lo cual no impidió el que fueran despojados en 1791 y guillotinado en 1793.

Indudablemente la religion puede llevar consuelos y templanzas, saludables remedios á la sociedad atribulada, y contribuir con ello muy eficazmente á la pacificación, al restablecimiento de la armonía humana; pero de esto no se sigue que la misión de la Iglesia sea el resolver problemas económicos; querer rehacer la Economía política con la filosofía escolástica es una lamentable equivocación en la que no incurrió ciertamente Santo Tomás; y esto que en el siglo XIII palpitaban problemas tan grandes como el feudalismo y la servidumbre; sin embargo, al leer las obras de aquél y otros insignes maestros, nadie sospecharia que aquellos problemas existieran. Pero parece que sus modernos discípulos no saben imitar aquella cordura y hablan nada menos que de transformaciones sociales y de destrucción del antiguo orden económico.

Lo que ha logrado con ello el mal llamado socialismo cristiano ha sido quebrantar en muchos pacíficos obreros el respeto á la propiedad, la fidelidad al patrono, el hábito del ahorro y el deseo de elevarse con sus propias fuerzas, llenándoles la cabeza de herejías económicas que no sospechaban y debilitando la defensa social para el día de la lucha.

No á otra cosa conduce su pretendida corporización de todas las funciones sociales: conduce al fin al socialismo de Estado ó al colectivismo puro y neto, y á ello se sienten arrastrados ya hoy día, aun á pesar suyo, los socialistas cristianos. No se juega impunemente con ciertas ideas.

Y todo proviene de esta creencia, que se va generalizando, de que se aproxima fatalmente una gran revolución social y de que es menester ir tomando posiciones en ella.

Para M. Jannet no hay tal cosa: el siglo xvi, después de grandes convulsiones, volvió á su asiento: la mismísima revolución francesa que logró modificar el orden político, siempre, mas ó menos artificial (dice), no ha alterado el orden económico que dura en realidad desde que el mundo es mundo, y que se levantará de ésta como de otras crisis peores, porque descansa en lo fundamental de la naturaleza humana.

Cree, por tanto, que no hay para qué perder el tiempo ni la sangre fría, sino utilizarlos en hacer frente al peligro.

¿Y cómo piensa hacer frente al peligro M. Jannet? Combatiendo la idea socialista y la revolución sin debilidades y sin hipocresías; y al mismo tiempo aplicando á los males sociales una serie de remedios compatibles con el actual orden de cosas. El Estado ejerciendo dentro de los límites de una buena administración una saludable tutela sobre las clases menesterosas: dictando reglas sobre higiene, protección al sexo y á la edad, seguros, ahorros, inválidos, etc.; pero aparte de ello dejando completamente espedita y protegiendo á todo trance la libertad del trabajo. A la sombra de esta libertad espera mucho de la asociación entre los productores; pero no una asociación de clases en antagonismo, sino una asociación verdaderamente cristiana de patronos y obreros en instituciones como patronatos, círculos-cofradías, monte-pios, sociedades cooperativas y de mútuo auxilio; al lado de ellas sindicatos agrícolas en los campos, y en las ciudades comités mistos de conciliación y arbitraje que suavizaran asperezas, pusieran en benéfica comunicación patronos y obreros, resolvieran con levantado espíritu las discordias; y por encima de todo caridad cristiana en los de arriba, humildad y resignación evangélica en los de abajo, alma bien religiosa en todos.

Tal es en extracto el notable artículo de Jannet. Espone bien la cuestión palpitante, pero no lleva la exposición á sus últimas consecuencias. Si así lo hiciera, tal vez nos demostraría que el odio á los ricos corrompidos y la falta de respeto á la autoridad vacía de principios y de fuerza, únicos efectos entre nosotros de la propaganda socialista, combinados con el temperamento individualista y radical de los latinos, hacen la lógica del anarquismo en los pueblos meridionales.

Ataca quizás con demasiada dureza al socialismo cristiano; porque, si bien es cierto que el socialismo en sus aspiraciones materialistas resulta anti-cristiano, no lo es menos que su idea generadora de protección al débil, de hermandad universal y de levantamiento de los humildes, puede muy bien basar su filiación, mas ó menos torcida, en el Evangelio.

Y al fin y al cabo la solución de los socialistas cristianos y la solución de M. Jannet solo difieren en una modalidad: aquéllos quieren llevar la Iglesia á la evolución amoldando á ésta lo que aquélla no tenga de inquebrantable, y no les faltan tradiciones que invocar. Jannet quiere hacer reingresar las masas de arriba y las de abajo, agitadas y descreídas, bajo las inmóviles bóvedas de la Iglesia.

¿Cuál de estas soluciones es la mas deseable? ¿Cuál tiene mas probabilidades de éxito? ¿Lograrán una ni otra contener y acallar al anarquismo, rugiente bajo el sol meridional y fundamentalmente pagano? Estas preguntas, estos problemas, no se contestan ni resuelven con artículos ni con libros; es mas: en absoluto no se resuelven nunca: son perennes é insolubles como el misterio humano.

J. MARAGALL.